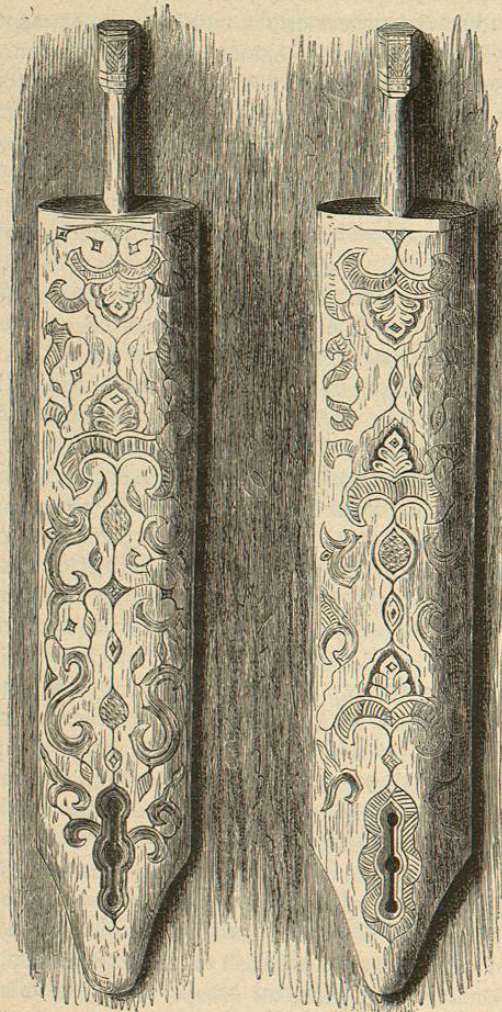


táculo insuperable hasta para los barcos japoneses. Pero hoy que se cuenta con más medios de transporte, mayor número de correos y más acémilas, la actividad comercial tiene muy diferente carácter. Otro motivo de sorpresa para los europeos fué ver que los caballos llevaban zapatos de paja, semejantes á los que usan las últimas clases del pueblo, invención que no parece práctica, pues los dichos zapatos ponen más delicados los pies de los caballos y se echan á perder muy pronto, de suerte que son frecuentes las paradas forzadas para ponerles otros. Aunque á los héroes japoneses se les pinte á caballo, los japoneses no son buenos jinetes.

Hace pocos años inventaron un coche bajo, de dos ruedas, de los cuales hay 23.000 en Tokio; cada año llegan



Palos para tejer (*hera*) de los ainos (Según Siebold)

millares de jóvenes del campo á las ciudades para servir, por decirlo así, de bestias de tiro, y los más robustos no pueden resistir semejante oficio más de cinco años. El gobierno estableció un impuesto sobre estos coches, que se llaman *Kuruma*, calculado sobre la carga y la distancia. El europeo se sirve también de este medio de transporte, pues no tiene otro á su disposición.

Las clases en que la ley repartió la población japonesa eran las siguientes: daimios, nobleza hereditaria, sacerdotes, guerreros, ciudadanos de primera y segunda clase, pequeños comerciantes, industriales, aldeanos y jornaleros. Las cuatro primeras clases se consideraban como los sostenes del Estado; tenían el derecho de llevar dos espadas y pantalones muy anchos. Los daimios, análogos á los príncipes feudatarios de Alemania en la Edad media, eran casi independientes. Entre la nobleza hereditaria elegíanse los altos empleados

del Estado y de la corte. Hablaremos más adelante de los sacerdotes y guerreros. La clase media de primera categoría comprendía á los médicos y empleados, la de segunda á los comerciantes ricos. En las clases inferiores figuraban los tenderos, artistas y obreros: en la última marinos, pescadores, campesinos y jornaleros.

La constitución de Japon y Corea es una imitación de la china; en Corea sería una copia servil de ella si no exagerase más la esclavitud (que fué recientemente abolida) y la situación humillante de la mujer.

En el templo-palacio de Kioto habitaba el Mikado sin salir jamás de él y, antes que penetrase la influencia del Occidente, era un tipo del gobierno espiritual. La capital Tokio estaba bajo el protectorado del Siogún, y había llegado á ser la más poblada é importante del imperio, pues en ella tenían también sus desparradoras cortes los príncipes feudatarios. Cuando los samurais se retiraron en masa á las provincias, y el Mikado trasladó su residencia á la más floreciente ciudad del imperio, quedó una población que pasaba de un millón de almas.

CAPITULO VII

FAMILIA, SOCIEDAD Y ESTADO, ESPECIALMENTE EN CHINA

«La forma de gobierno en China puede calificarse de despotismo patriarcal. El emperador es el padre del pueblo y tiene sobre él derecho de vida y muerte, á pesar de lo cual existe entre el pueblo y el soberano la reciprocidad de deberes.»

R. K. DOUGLAS.

Matrimonio. — Poligamia. — Situación de la mujer. — Nacimiento y educación. Intimidación de la vida de familia. — Amor á los padres. — Infanticidio. — Exceso de población. — Comercio de los kulis y emigración. — Repartición de las propiedades. — Mendigos. — Esclavos. — Motines socialistas. — Carácter general de las condiciones políticas. — Estancamiento y atraso. — Grandeza de la población y del imperio. — El emperador. — Magistraturas superiores. — Virreyes. — Empleados. — Corrupción. — Censores. — Hombres de Estado chinos. — Administración de justicia. — Administración autónoma. — Tribus y sociedades.

Lo que más estiman los asiáticos orientales en la familia es la continuación de sus relaciones de una á otra generación, esto es, la estabilidad. Por ello se respeta mucho el matrimonio, á la par que se teme por las obligaciones que trae consigo. Se tiene por mítica la tradición de que el emperador Fuhhe introdujera el matrimonio 28 siglos antes nuestra era, y mítica también la interpretación del jeroglífico del matrimonio, que dicen tiene referencia con la bárbara costumbre de robar la novia. Lo principal en las ceremonias del matrimonio es lo siguiente. Los jóvenes y las doncellas no se han visto por lo general antes del matrimonio, y aunque por una dichosa casualidad se hubiesen conocido, un tercero tan sólo recibe el consentimiento, y cuando lo ha logrado, el novio envía algunos regalos á su prometida. Entonces los padres de ambos se reúnen y hacen sacar el horóscopo del futuro enlace y, si es favorable, proceden á su celebración, siempre que algún acontecimiento de mal agüero, como la rotura de alguna vasija de porcelana ó la pérdida de algún objeto de cualquiera de las dos familias, no estorbe su realización. Si nada de esto ocurre, el padre del novio envía al de la novia regalos, entre los cuales, por ejemplo, el ganso y la oca simbolizan la fidelidad conyugal. Luego se cambian dos tarjetas envueltas en seda encarnada, en las cuales el novio ha anotado todos los detalles del enlace, y después envía los últimos regalos á

la novia; en seguida se recurre á la astrología, para fijar el día en que, con acompañamiento de música, llevan á la novia á la casa del novio; en el umbral hay encendida una hoguera por encima de la cual debe aquélla pasar al interior. Encuentra entonces al novio sentado en una silla y se echa á sus pies. Él la levanta, le quita el velo, la sienta á su lado, y después van ambos á ofrecer un sacrificio ante el altar de la familia. Celébrase en seguida un banquete, en el cual la novia no debe probar nada, y se pronuncia el juramento. Existe la creencia supersticiosa de que el contrayente que por primera vez se sienta encima de una prenda del otro, tendrá el mando en la casa. En algunos países los convidados no se retiran hasta que la novia ha explicado un enigma á cada uno de ellos. Finalmente ésta se presenta en el atrio de la casa por última vez sin su esposo, en señal de que desde aquel momento su residencia habitual serán las habitaciones interiores. En el Japon y en Corea existen todavía tales usos, pero en forma más sencilla. De todos modos la ceremonia carece enteramente de carácter religioso.

Los misioneros han hablado mucho acerca del libertinaje en Corea.

La poligamia no es costumbre originaria, sino permitida más tarde. En la China es un concubinato legal, y las concubinas son verdaderas esclavas, compradas ó vendidas como regalos; los hijos son propiedad de la mujer legítima. En el Japon, el Mikado tenía derecho á doce, el daimio y hatamoto á ocho, el samurai á dos mujeres además de la legítima: así lo permitía la santa ley de Iyeyaso.

La situación de la mujer, como todas las organizaciones sociales en esos países, es humillante, y está determinada en los libros y en la tradición: Budha y Confucio hablan de ello con suma claridad. Salvadas de la muerte en su infancia, pues el infanticidio acecha casi únicamente á las niñas, ocupan las mujeres una posición secundaria al lado de sus hermanos. Las soberanas que son nueve en el Japon, prueban que no siempre fué así, pero Confucio dice que los tres grandes deberes de la mujer son: obediencia al padre, obediencia al esposo, obediencia al hijo mayor. Entre los ainos la libertad parece haber sido mayor. La herencia se repartía por igual entre los hijos: la de las hijas consistía simplemente en el matrimonio, en el que debía representar el papel de un objeto que se entrega sin preguntarle si quiere ó no quiere ser entregado. Los moralistas han tratado de justificar la inferioridad de la mujer de cuya indocilidad habla Confucio con sospechosa afición, y la exhortan á obedecer ciegamente al marido, pues aunque el esposo la engañe, la mujer debe limitarse á aconsejarle con dulzura, pero nunca atreverse á censurarle.

Los legisladores permitieron al marido el concubinato y amenazaron á la mujer con el divorcio en caso de que faltase á la fidelidad, y también si se hacía culpable de desobediencia á los padres del marido, si no tenía hijos, y si era poco recatada, envidiosa, derrochadora, charlatana y ladrona. A la viuda no se le permite contraer segundas nupcias ó á lo menos se hace lo posible por impedirlo. No son raros los casos en que las viudas siguieron voluntariamente á la tumba al esposo fallecido, pero anteriormente sucedía más á menudo, y todavía subsisten monumentos que los amigos erigieron á esas mártires. Por otra parte hay solteras que temen el matrimonio y se retiran á monasterios budhistas: Gray refiere que en el año 1873 ocho jóvenes de Cantón, que eran prometidas, se ataron unas á otras y se arrojaron al río por no casarse. En el Japon se reconoció pronto la superioridad de la civilización cristiana, que coloca á la mujer en una posición más respetada. Ya no se

permitía á los daimios y kuges el matrimonio sino con licencia del gobierno, y en el año 1870 se estableció la ley disponiendo que ningún japonés pudiese casarse sin autorización del Estado y se concedió á la mujer el derecho de presentar demanda de divorcio.

Los hijos deben ser muy numerosos, pues á pesar de la mortalidad natural, del infanticidio y de la emigración, la población va siempre en aumento. De la China no se conocen números exactos. Las familias de campesinos japoneses suelen tener de dos á tres hijos. Las del pueblo bajo á veces venden sus hijas á las casas de prostitución, pero el haber morado en ellas no es una deshonra indeleble en la China ni en el Japon. La poesía japonesa habla con entusiasmo de jóvenes que se han vendido por algunos años á las dueñas de dichas casas, con el objeto de rescatar á sus padres ó de mantener á sus amantes; pero esta determinación no pueden tomarla sin el consentimiento de los padres.

El chino se ocupa de su futuro hijo antes que haya nacido. Varios usos se relacionan con el deseo de lograr prole. El más frecuente es tomar un zapato sagrado del templo de la diosa de los niños y colocarlo en la casa de la madre para adorarle con la imagen de la diosa misma; si el deseo se cumple, la madre feliz presenta un par de zapatos nuevos al mismo templo. En virtud del principio de que en el otro mundo corresponde por cada muchacha un árbol ó una flor, se considera la adopción como medio oportuno para tener hijos. Las mujeres en cinta tratan de adivinar el sexo de la criatura que esperan, añadiendo al número de sus propios años los de la hora, del día y del mes en el cual nacieron, ó bien van antes de despuntar el día al pozo, llevando el traje de su esposo, que vuelven tres veces de izquierda á derecha: si regresan sin ser vistas, se realizará su deseo de tener un varón. También se observa con mucho cuidado la hora del nacimiento, pues cada hora, cada día, cada mes tiene su significado profético que anuncia el porvenir más dichoso ó el más sombrío. Estas creencias supersticiosas justifican algunos infanticidios cuando de tales presagios resulta que un niño nacido en tal ó cual hora fatal, debe morir en un cadalso después de haber matado á sus propios padres ó de cometer algún otro crimen horroroso. Cada grito, cada movimiento del recién nacido, tiene su significación. No se lava hasta el tercer día y después se le envuelve en vestidos que han pertenecido á personas sumamente viejas, para lograr que el niño tenga larga vida. Este primer baño es una fiesta; los amigos y los parientes llevan cebollas y dinero, símbolos de la penetración y de la riqueza. El agua que se emplea está perfumada, y después de la ablución se ofrece un sacrificio á la diosa de los niños. La madre sale de su dormitorio á las cuatro semanas y tarda cien días en salir de la casa. En la primera ocasión da el nombre al niño y le corta el cabello; en la segunda, la madre agradecida le presenta ante del altar de la diosa de las matronas. En el día de su nacimiento se colocan delante del niño una cantidad de objetos que simbolizan sus futuras ocupaciones, y la alegría de los padres no tiene límites cuando lo primero que toca la criatura es papel y pincel ó una balanza de oro, pues esto quiere decir que será un sabio ó un comerciante. La educación de los niños tiene por base la dulzura. Un europeo llamó al Japon el paraíso de los niños, y dijo muy bien, pues los ancianos juegan con mucha complacencia con ellos, y cuando es necesario corregirlos, emplean las palabras más cariñosas; además está prohibido entregarse á arrebatos de cólera en su presencia. La educación de las niñas en las clases más elevadas, no se limita á labores de mujer; les enseñan tam-